



## El corazón de las estatuas

*H*ABLABA RUBÉN DARÍO DE UNA ESTATUA que parecía mármol y era cuerpo habitado por un alma, perdida en mitad de un jardín, confinada por quienes no habían sabido ver en ella su verdad. La imagen, como ya sabemos, intentaba designar a su poesía, mas poco tenía de acierto, lógicamente, pues hay en Darío tanta vida como en los toros de Osborne. Por alguna razón que ignoraremos siempre, la habitual agudeza que un autor posee para analizar la obra ajena suele transformarse en grave incapacidad cuando intenta verse a sí mismo. Tal vez de ahí derive que ese hallazgo de orfebre, esa estatua de alma sin mármol que es inútil para hablar de Darío, nos guíe para hablar de un poeta tan lejano a aquél como es Álvaro García.

Las épocas y los hombres tienen la costumbre de regirse por ficciones más o menos sensatas, pero ficciones al fin y al cabo, quimeras que intentan justificar y dar sentido a nuestra frágil vida. De Dios nos vinimos al Yo, y desde ahí en adelan-

te hemos frecuentado el Marxismo, la Ciencia, la Unidad de Destino en lo Universal, los Beatles, el Mercado Libre o el Real Madrid. Y, por qué no decirlo, también el Arte, el Arte con mayúsculas, con una A tan imponente como cualquier *Incipit* del Antiguo Testamento, una A miniada durante doscientos años por monjes rebeldes que se mudaron del monasterio al mechinal. Mas siempre ha habido escritores en lucha por liberarse de los restos de esa teología extinta. Y entre ellos está Álvaro García, que ha sabido ver en aquellos poetas a quienes acompaña —Eliot, Ashbery, Olson, Pound— la característica común de haber creado «poesía sin estatua», poesía liberada de la dictadura retórica y personal, pedestales vacíos que en su soledad revelan su tragedia.

Pocos son quienes han aceptado en este tiempo oscuro el empeño, la misión, el atrevimiento de llegar a ser quien se es. Y eso sólo puede lograrse desde una obra admirable en su libertad ética y estética, una obra que desde su interior haga surgir su propia forma, renunciando a los ropajes para resistir la intemperie en su desnudez. Poesía que se imponga a su propia expresión, hallándola en aquello que propone, ajena por igual a rebeldías de manifiesto y a tradiciones de conventillo, como quien sabe que hacer camino propio es mucho más difícil que vivir en la corriente, poco importa si a su favor o contra ella. Lejos de la heterodoxia que se vuelca en el énfasis de no decir nada y de la ortodoxia pueblerino-burguesa que escribe como quien se pone el traje de los domingos, Álvaro García se ha propuesto el reto de ser auténtico, ha aceptado la aventura de quedarse a solas con su verdad —una verdad que ignora, que tal vez puede quedarse en nada, pero que hace falta conocer. Siguiendo ese camino que Olson ha denominado «an alternative to the ego position», Álvaro García ha renunciado al falso monolito del *yo* absoluto para observar, con humildad, cómo su entorno va construyéndolo, cómo los objetos van dando sentido a la mirada, cómo las voces que habitan su voz van diciendo lentamente su poema, su

diálogo oculto. Ha hecho el recorrido inverso al del Academicismo occidental y sus garrotes estagiritas: ha abandonado la *veritas* para regresar a la *aletheia*, ha olvidado la verdad como dogma para habitar en la verdad como búsqueda, fragmentaria y perpetua.

La estatua —que los Antiguos sabían morada del dios— ha cambiado mármol por carne viva y ha descendido de su pedestal para recorrer los contornos de su miseria. De pronto ha descubierto que su imponente quietud ajena al tiempo no vale nada, que sólo se puede estar a la altura de las circunstancias en medio de la fugacidad. Que sólo puede salvarse proclamando la ceniza, no permaneciendo en la piedra.

FRUELA FERNÁNDEZ